

ra de la doctrina celestial que inspiraba sus discursos y sus acciones» (1). El cuadro está idealizado; lo cierto es que la obra de la conversion fué lenta; duró más de un siglo.

La nueva de los primeros resultados entusiasmó á Gregorio: «Ved, exclama, cómo la lengua de la Bretaña, que no conocia más que sonidos bárbaros, ha empezado á celebrar las alabanzas de Dios en cánticos hebreos. Ved como el Océano, ántes alborotado, calma sus olas sometidas bajo los piés de los santos. Aquellas pasiones bárbaras que los príncipes de la tierra no habian podido dominar por el hierro, la boca de los sacerdotes las encadena por la palabra.» Gregorio escribió al patriarca de Alejandría: «Se ha llevado el Evangelio al fin del mundo, á un pueblo que adoraba las piedras y los árboles. Los misioneros siguen las huellas de los Apóstoles, hacen milagros. En un solo dia han bautizado más de diez mil Ingleses.» Roma cristiana se vanaglorió de la conversion de un pueblo bárbaro, del mismo modo que la Roma pagana se enorgullecía con una victoria de sus legiones. Los Romanos ensalzaron hasta las nubes á la reina que por su influencia sobre Ethelberto habia facilitado el camino á los monjes: «Los ángeles del cielo, dice Gregorio, se regocijarán de lo que ha hecho por Cristo» (2).

La conversion de la Inglaterra, que despertó la alegría y la admiracion de la cristiandad, ha sido rebajada por el espíritu de secta como una obra de supersticion y de ambicion. Agustin, dicen los escritores protestantes, no inspiró á los Ingleses más que la afición al monacato y á la hipocresía. El gran papa, que fué el alma de la misión, es peor tratado aún: píntanlo como un hombre supersticioso y de escasa inteligencia, que hacía consistir toda la religion en las ceremonias exteriores (3); dicen que no merece el nombre de Grande más que por la gran decadencia de la religion (4). La conversion de la Inglaterra no se debe tanto al celo del papa por la fe cristiana como á su ambicion por extender su

(1) BEDA, I, 26.

(2) GREGOR., *Moral.* XXVII, 11, 21 (t. I, p. 862).—*Epist.* VIII, 30 (t. II, p. 918); XI, 28, 29 (Ib., p. 1109, 1113).

(3) BRUCKER, *Hist. crit. philos.*, t. III, p. 561-564.

(4) HENKE, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. I, p. 473.

jurisdiccion pontificia (1). Los librepensadores y los incrédulos se han mostrado más justos que los protestantes. Gibbon, áun tratando de bárbaro á Gregorio, porque desdeñaba las letras antiguas, confiesa que la conversion de la Inglaterra fué una conquista más gloriosa que la de César. Gregorio el Grande, dice *Voltaire*, mereció por sus virtudes el título de obispo universal, que él rechazaba por humildad.

El sentimiento que inspiraba á Gregorio era el amor de Jesucristo, la caridad (2); queria, como los apóstoles, llevar la palabra de vida por todas partes donde hubiese pueblos en las tinieblas de la muerte. Gregorio no conocia que trabajaba por la grandeza del pontificado; no tenía más mira que la salvacion de las almas, que iban á comparecer ante su juez en el próximo dia del fin del mundo (3). ¿Cómo habia de animar la ambicion á un hombre que se creía en vísperas del fin del mundo? Habia realmente un mundo que acababa, la antigüedad; pero esta muerte era el principio de una vida nueva. Dígase lo que se quiera respecto á la ignorancia y la supersticion de Gregorio, es lo cierto que inauguró una nueva era de la civilizacion, llevando la luz de la fe al Occidente.

§ III.—Conversion de la Alemania.

San Bonifacio (4).

Los Anglo-Sajones se vanaglorian de haber llevado el Evangelio á los pueblos paganos de la Alemania (5). Parte de esta gloria

(1) Tal es el colorido con que A. THIERRY presenta á San Gregorio.

(2) GREGOR., *Epist.* XI, 28, *ad Augustin* (t. II, p. 1110): *Gloria in excelsis Deo, quia granum frumenti mortuum est, cadens in terram, ne solus regnaret in caelo, cujus morte vivimus, cujus infirmitate roboramur, cujus amore in Britannia fratres quaerimus quos ignorabamus....*

(3) En su carta al Rey Ethelberto (BEDA, *Hist. Ecol.*, I, 32), GREGORIO dice: «Las palabras de Dios en la Sagrada Escritura atestiguan que el fin del mundo está próximo.»

(4) *Vida de S. Bonifacio*, por WILLIBALD, su discípulo (PERTZ, t. II).—*Vida de S. Bonifacio*, por OTHLON, monje benedictino (MABILLON, *Act. Sanct. saec.*, III, P. II, p. 2-88).—*Bonifacii Epistola*, ed: Serrarius, 1627.—MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX*.

(5) Carta del obispo CUTHBERT (*Bonifac.*, *Epist.* 79, p. 94).

debe concederse al gran Papa que tomó la iniciativa de la propaganda cristiana. Los monjes romanos iniciaron á la Inglaterra, tanto en la vida intelectual como en la vida moral; gracias á ellos, la Bretaña fué un foco de civilizaci6n para la Europa. Carlo-Magno sacó de ella maestros para instruir á los Galos; anteriormente habian salido ya espontáneamente misioneros para predicar el Evangelio á sus hermanos de Alemania.

Estaban abrasados, dice un agiógrafo, por aquel fuego ardiente á que se referia el Señor al decir: *Yo he venido á arrojar el fuego sobre la tierra* (1). En el siglo VIII, una multitud de monjes atravesó el Océano para convertir á la fe cristiana á los pueblos germánicos que habian fundado los reinos anglo-sajones en la isla de Bretaña; los colonos llevaban el Evangelio á la madre patria, como homenaje de su piedad filial. Uno de aquellos religiosos, Wifredo, llamado Bonifacio, conquistó, mediante una mision de treinta años, el glorioso título de apóstol de Alemania. Bonifacio utilizó los conocimientos que los misioneros romanos habian comunicado á los Anglo-Sajones. J6ven todavía, fué encargado de la enseñaanza; los monjes se agolpaban por oír sus lecciones. Unia la habilidad á la ciencia; su reputaci6n le señaalaba para los cargos más elevados de la Iglesia; «pero separado ya de las glorias humanas, buscaba cómo podria extender más la gloria de Cristo.» Una inspiraci6n divina le señaaló el camino en el cual debia hallar el martirio (2).

Para formarse una idea de la grandeza de su empresa es preciso tener en cuenta el estado de la Germania en el siglo VIII. La Alemania era todavía inculta y bárbara; los misioneros caminaban durante días enteros sin encontrar más que desiertos llenos de fieras; los hombres eran tan salvajes como el país que habitaban. Bonifacio escribi6 al abad Huetbert para que le ayudase con sus oraciones en la ruda mision que llevaba á cabo en medio de pueblos feroces é ignorantes: «Expuesto á las violencias de los paganos, á las celadas de los malos cristianos y de los falsos sacerdotes, se

(1) Palabras del monje JONAS (MABILLON, *Act. Sanct. Ord. Bened.*, sec. II, p. 9).

(2) OTHLON., *Vita Bonif.*, I, 6.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 92.—*Epist. Bonif.*, III.

hallaba como sacudido por una tempestad.» El infatigable misionero sufri6 desfallecimientos: «Desterrado á la Germania, no veia delante de sí más que trabajos y fatigas; por fuera la lucha y en lo interior agonías.» Pidi6 ánimos á su antiguo obispo Daniel: «El temor de Cristo y el amor á la peregrinaci6n, le escribi6, han puesto entre nosotros vastos espacios de tierras y de mares. Los hombres acostumbran, cuando les sucede algo triste y penoso, buscar su consuelo en aquellos cuya amistad y sabiduria les inspiran más confianza. Por esto yo expongo á vuestra paternidad las ansiedades de mi alma fatigada» (1).

El celo de los misioneros no bastó para vencer los obstáculos que hallaban en sus trabajos apostólicos. Bonifacio buscó el apoyo del pontificado; Gregorio II le di6 cartas que debian facilitar el cumplimiento de su difícil mision. El Papa escribi6 á los pueblos bárbaros á los cuales iba Bonifacio á predicar la palabra de Dios: «Deseando que participeis de nuestras alegrías en la eternidad, donde no hay ni tribulaci6n, ni amargura, sino una gloria perpétua, hemos enviado á Bonifacio, que os bautizará y os instruirá en la fe de Dios. Obedecedle en todas las cosas; os le hemos enviado, no para que adquiera ventajas personales, sino para bien de vuestras almas.... Alejaos del mal y haced el bien» (2). El Papa escribi6 al pueblo de los Sajones: «El reino de Dios está próximo; dejad de buscar vuestra salvaci6n en los ídolos de madera ó de piedra.... Arrojad la corteza del hombre antiguo y abrazad al Cristo nuevo, deponiendo la cólera, la malicia y las blasfemias.... El día toca á su término; haced buenas obras para que Cristo habite en vosotros» (3).

Estas exhortaciones espirituales hubieran producido poco efecto sobre los rudos habitantes de la Germania. La creencia en el fin del mundo desempeñó un gran papel en la conversion del mundo antiguo, mundo decrepito y moribundo; pero apenas conmovia á los pueblos jóvenes y llenos de porvenir. Para convertir las naciones guerreras fué preciso que el misionero se apoyase en el brazo del

(1) BONIF., *ep.* IX, XVI, XIV, XII.

(2) IBID., *epist.* CXX, p. 165.

(3) IBID., *epist.* CXXI, p. 166.

guerrero; las cartas de recomendacion de Cárlos Martel fueron más eficaces que las del obispo de Roma. Armado con este poderoso apoyo, Bonifacio se atrevió á derribar los árboles sagrados y á prohibir el culto de los ídolos; sus progresos fueron rápidos y extensos. El advenimiento de Pipino identificó la causa de la monarquía nueva con la de la religión; no se sabe quienes fueron más útiles, si los ejércitos de los Carlovingios á los misioneros ó los misioneros á los Carlovingios.

Hubo poblaciones que se negaron obstinadamente á recibir el bautismo y que no cedieron más que á la fuerza. Bonifacio dejó su arzobispado de Maguncia, á la edad de más de setenta años despues de treinta y ocho de apostolado, para llevar el Evangelio á los Frisones y á los Sajones. No ignoraba el peligro de esta última mision; nombró á *Lulo*, su discípulo querido, arzobispo de Maguncia, diciéndole: «Voy á terminar el camino que he comenzado. Se acerca el momento de mi muerte y el día de mi libertad.» Atacado por los paganos, no quiso que sus servidores le defendiesen. «La escritura ha mandado volver bien por mal. El día tanto tiempo deseado, el día de mi libertad, ha llegado. No os asusteis ante los que matan el cuerpo; no pueden matar el alma inmortal. Regocijaos en el Señor y poned en él vuestra esperanza» (1).

El monje Wifredo recibió del Papa el nombre de *Bonifacio*; el apóstol de la Germania bien merece el nombre de *Bienhechor*. Tenía las grandes cualidades de la raza anglo-sajona; no una grandeza que deslumbra y arrastra, pero sí una energía y una perseverancia que dominan las cosas y los hombres. A esta costa pudo vencer los obstáculos que encontró en su mision. Los protestantes han despreciado al apóstol de Alemania, del mismo modo que han rebajado al papa Gregorio. No nos tomaremos el trabajo de contestar á las censuras de violencia, de ignorancia y de fraude que dirigen á Bonifacio (2); estas acusaciones son un triste testimonio de la ceguedad de las sectas. Los protestantes consideran un gran crimen en el apóstol de Alemania su celo por la autoridad

(1) WILLIBALD., *Vita Bonif.*, c. XI, §§ 33 y sig.

(2) MOSHEIM, *Hist. eccl.*, siglo VIII, 1.ª parte, c. 1. — HENKE, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 402. — GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. 22.

del Papa, y sus recriminaciones han hallado eco en el seno de la Iglesia galicana (1). Su adhesión era real, pero tan poco ciega, que Bonifacio censuró muchas veces al Papa sus errores, obligándole á que los corrigiera (2). Despues de todo, la dependencia de la Iglesia alemana era una necesidad. ¿No tenía por mision el pontificado el educar á los pueblos bárbaros convertidos por el apóstol de la Germania? ¿Era posible en el siglo VIII una Iglesia alemana? ¿Podía fundarse una Iglesia cristiana por una nación pagana?

Un teólogo católico censura, no sin razón, á los escritores protestantes por ingratos con el bienhechor de su patria (3). Bonifacio inició á la Alemania tanto en la vida intelectual como en la moral. Una colonia de monjes anglo-sajones fué encargada de la instruccion de los Bárbaros; la educacion de sus mujeres fué confiada á religiosas. Una de estas últimas merece un lugar en la historia de la civilizacion al lado de Bonifacio; *Lioba* fué la institutriz de las mujeres de la Germania. Educada en un monasterio inglés, «se aplicó, dice su biógrafo, bastante más á la Sagrada Escritura que á los trabajos manuales. Además de ambos Testamentos, poseía las palabras de los Padres, los decretos de los concilios y el derecho eclesiástico.» Bonifacio fundó para ella el monasterio de Bischofheim, que dió superioras á todas las abadías germánicas (4).

La influencia de Bonifacio no se limitó á Alemania. Relacionando las poblaciones cristianas de la Germania y de las Galias con la sede de Roma, contribuyó á fundar el pontificado. El pontificado, como órgano de la Iglesia, es el elemento civilizador de la Edad Media; y la civilizacion, nacida del contacto del cristianismo y de los Germanos, constituye la unidad y la grandeza del mundo moderno. Una parte en esta obra pertenece al monje que se atrevió á penetrar en los desiertos de la Germania en el siglo VIII.

(1) *Historia literaria de la Francia*, por los benedictinos, t. IV, p. 106.

(2) BONIF., *epist.* CXXXII, p. 183. — GUIZOT, leccion XIX.

(3) BERGIER, *Diccionario de teología*, en la palabra *Alemania*.

(4) *Vita S. Liobae*, en MABILLON, *Acta Sanct. saecul.* III, P. II, p. 251. — NEANDER, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. III, p. 104.

§ IV.—Conversion del Norte.

San Anscario (1).

El imperio carlovingio tenía por misión el extender el cristianismo por el mundo bárbaro, Carlos Martel y Pipino dieron el apoyo de su poder al apóstol de la Germania. Carlo-Magno luchó durante treinta años con la indomable raza de los Sajones; pero la conversión de los vencidos, manchada por la violencia, no aprovechó más que á su posteridad. Más feliz que el gran conquistador, Luis el Piadoso propagó el Evangelio por medio de los trabajos pacíficos de las misiones. El débil hijo de Carlo-Magno ha sido considerado durante su vida y después de su muerte como sucesor indigno de su padre; hagamos al ménos justicia á su celo por la fe cristiana. Consideraba los intereses de la religion como el primer deber de un Emperador (2); la extension del cristianismo tenía á sus ojos más valor que la gloria de las armas (3).

La Dinamarca estaba desgarrada por facciones enemigas; uno de los pretendientes buscó el apoyo del rey de los Francos. Luis el Piadoso le obligó á que abrazase el cristianismo, manifestándole que la religion formaria entre ellos un lazo más fuerte y que el pueblo franco estaria más dispuesto á marchar en su ayuda, si adoraba al Dios de los cristianos. A instancias del Emperador, el príncipe abrazó el Evangelio con todos sus guerreros. Luis el Piadoso buscó con cuidado una persona piadosa que le acompañase á Dinamarca y fortaleciese á él y á los suyos en la religion cristiana; habló de ello en la asamblea de los grandes, pero ninguno de ellos pudo indicarle un hombre de bastante celo

(1) La vida de San Anscario, el apóstol del Norte, ha sido escrita con piedad y amor por su discípulo *Rimbert* (PERTZ, II, 683).

(2) *Præcept. de ord. monast.* (BALUZE, I, 675). «*Imperatorii regiminis officio commonemur, ut pro Ecclesie statu, atque sanctæ religionis augmento impigro semper vigilemus affectu.... Postquam, Deo auspice, imperium paternum suscepimus, studii nobis maximi semper fuit ut Domini Ecclesia, ejus magnificentia, humilitati nostræ divinitus commissa felicibus polleret successibus.*»

(3) *Præceptum de Paganis ad Christianitatem invitandis* (BALUZE, I, 681).

para emprender un viaje tan peligroso. Entonces Wala, abad de Corbia, dijo que habia en su monasterio un monje propio para el trabajo de conversión; éste era Anscario. Llamado á la corte, declaró que estaba pronto á sufrirlo todo por el servicio de Dios. Los que acompañaban al abad Wala quedaron sorprendidos de esta resolución; no comprendian cómo podia resolverse Anscario á dejar su patria, sus parientes, los religiosos con quienes se habia educado, para ir á pueblos desconocidos y bárbaros: unos trataban de disuadirle de sus propósitos, otros le dirigian violentas censuras. Recuérdese que el misionero iba al medio de los terribles Normandos que ya difundian el espanto entre los Francos, y se admirará su valor y se comprenderá la admiración y el temor de sus compañeros. El terror era tal que el abad del monasterio no se atrevió á obligar á los suyos á que acompañasen al atrevido misionero: hubiese sido enviarlos á una muerte casi segura. ¿Qué es lo que daba á Anscario fuerza para arrostrar peligros á que no queria exponerse ni á un esclavo? Una profunda fe, que en una naturaleza extática llegaba hasta á comunicaciones directas con la divinidad. Creyó oír una voz que le dijo: «Vé y vuelve á mí coronado con la corona del martirio.» En las agonías que le causaba el pecado y la debilidad de la naturaleza humana, exclamaba: «Señor, ¿qué debo yo hacer para alcanzar la remisión de mis faltas?» Una voz le respondió: «Vé á predicar la palabra de Dios á los paganos» (1).

La misión fracasó en Dinamarca; la conversión del príncipe danés excitó contra él la animosidad de los guerreros del Norte; se vió obligado á buscar un refugio en el imperio de los Francos (2). Por aquel mismo tiempo (829) llegaron á la corte de Luis el Piadoso embajadores suecos; estaban encargados entre otras cosas de declarar que varias personas de su nacion deseaban abrazar la religion cristiana. Los comisionados rogaron al Emperador que les enviase sacerdotes para que los instruyeran, asegurándole que el rey les dejaria la libertad de predicar. Anscario aceptó esta nueva misión; para favorecerla, se le hizo arzobispo de Hamburgo,

(1) *Vita Anskarii* c. 3 y 9.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, p. 10.